

Autor: Maximino

**CUENTO N° 279**

**TÍTULO: EL ZAPATILLAS**

**SEUDÓNIMO: MAXIMINO**

**AUTOR: VÍCTOR MÁXIMO PINTO LÓPEZ**

## “El Zapatillas”

En este lugar, señorita, sobre la maleza me sentaba después de almuerzo. Aquí, alrededor, los demás condenados como yo, jugaban a la pelota. Sí, había peleas pero les hacía el quite. Esa tarde, cuando me tomaron preso corrí a ciegas con la policía pisándome los talones. El gas no me dejaba ver, no podía abrir los ojos. Fallé en la misión, el monumento seguía en pie. Cuando volviera a la población, los Jaguares me iban a castigar. Ya iba dejando atrás las fuerzas especiales, pero resbalé y me azoté la cara contra el suelo. Entre dos policías me subieron al bus. Tiré patadas, les grité todos los garabatos que se me ocurrieron. Me golpearon; semi inconsciente, me encontré sentado junto a otros detenidos; sangraba por la nariz y los labios. Caí como en un sueño. En la noche, sentí el frío de la cárcel. Me acordé de mis padres. Yo nunca había estado preso. Pasé hambre, no había comido nada desde la mañana anterior. No supe qué iba a ser de mí, pero tampoco me importaba. De pronto me di cuenta de que las zapatillas que tenía puestas no eran las mías.

—¡Mis zapatillas! —grité. Me agarré a los barrotes, clamaba como un energúmeno—  
¡Qué han hecho con mis zapatillas Nike! —Pero nadie me respondía, señorita, nadie sabía lo que significaban para mí.

Autor: Maximino

---Qué te importan las zapatillas ---decían otros presos tan golpeados como yo. Varios se quejaban de los hombros, eran los tirones de la policía; uno tenía el brazo colgando, desgarrado, no lo podía mover. Pero a mí me importaban las zapatillas. En la pobla me habían puesto “El Zapatillas”; era el pase en para entrar a la banda de los Jaguares. Hasta mi tía Juana, con la que vivía de vez en cuando, me decía que con ellas me veía de otra laya. El resto del tiempo lo pasaba en la calle. Dormía donde me aceptaran y si no, en un banco de la plaza. Me las robaron en la comisaría, nunca más las vi, igual que el celular que me habían prestado los Jaguares. No, señorita, la ropa me la cambiaba poco o nada; andaba con un buzo que lo lavaba durante el día, cuando ya ni yo mismo me aguantaba el olor; me sumergía en una pileta de la plaza o me duchaba con él en casa de mi tía. Sí, fui a la escuela, sólo hasta tercero básico. Un día, de madrugada, llegó la policía a buscar a mis papás y se los llevaron. Quedé solo en la puerta de la mediagua donde vivíamos. Perdón... señorita, es que cuando me acuerdo no puedo hablar. Tiemblo, se fija, es el recuerdo de la soledad total, del miedo; el terror que paraliza y deja la mente en blanco. Pregunté, entre sorbos de mocos, por qué se los llevaban.

—Pregunta en la comisaría —me contestaron.

De la mano de mi tía llegamos al cuartel al día siguiente. Nos dijeron que los habían trasladado al sur, que se iban presos los dos y desde ese día, señorita, no fui más a la

escuela y tampoco lloré. Me allegué a la casa de mi tía. Ella trabajaba y yo me mandaba solo. Me retaba por no ir a la escuela; yo le decía que sí, que iba, pero a ella tampoco le importaba mucho. Mis primos, en su casa, eran grandes y no me pescaban. Pasaba el día en la calle pidiendo y robando algo, cualquier cosa que estuviese a la mano. Me alimentaba en las ferias libres. Como era el más nuevo de los Jaguares, me convertí en el asopao de los mandados. Hacía pequeñas compras de alimentos, bebidas, tragos o envíos de drogas. No, no, me pagaban casi nada, apenas para comprar un Hot Dog. Esa tarde me mandaron a causar líos en la plaza central, ahí donde los cabros se juntan a celebrar y causar boches. El monumento del general tenía que sufrir, decían los Jaguares, que para eso nos pagaban. Tenía catorce años, me condenaron por participar en esos líos y otros robos. Me trasladaron a este lugar. Aquí llegan los que pierden el rumbo, como yo en aquel tiempo. Trataré de explicarle. A pesar que por momentos lo pasé muy mal, pude ver algunas cosas que me faltaban y otras que francamente me sobraban. Sí, por ejemplo, me gustó que la señora Alicia, una de las profes, me dijese que tenía una mirada dulce, que no sé de dónde lo sacó. Me sobraban el miedo y la rabia, señorita. Aquí, como usted ve, es una prisión semi al aire libre. Fíjese, ahora están en recreo: juegan, pelean, discuten. El resto son clases o trabajos en el jardín. La profe Alicia me agarró buena (nunca recordé a alguien que me tuviese buena) y le confesé que no me gustaba estudiar, pero que sí era seco para los números.

—Mire —le dije, en una ocasión que me ayudaba con las tareas—, tíreme unas operaciones complicadas. —La profe quedó con la boca abierta, se paró y me felicitó de mano estirada. Me preguntó si alguien se había admirado de mis habilidades matemáticas y le dije que no, que nadie me había distinguido nunca por nada, era la primera vez. Sentí algo raro. Me pareció que el aire se hacía más delgado al entrar en mis pulmones, los hinchaba y como que me iba a elevar. Ella sonrió y entonces, la mirada dulce apareció en ella. Al día siguiente, me pusieron a trabajar en el economato; ahí sacaba la cuenta de los alimentos, cuántos kilos de esto o de lo otro, cuánta plata, cuánto vuelto. Lo hice bien, sin embargo, me costaba aprender otras cosas. La profe me dijo que quizás no me habían enseñado como se debe. Consiguió que en las tardes me hicieran clases de biología e historia, pero mi cabeza estaba en otro lado: en el barrio, en los Jaguares y, sobre todo, en mis zapatillas perdidas. Me sentía, bien tratado por la gente que trabajaba aquí. Una señora gorda, ni joven ni vieja, que en la cocina revolvía una olla grande, me daba unos besos cuando le ayudaba con el cucharón de la cazuela. Me dijo que era bonito y buena persona. Tenía un traste que aún lo recuerdo. Se lo agarraba a dos manos, usted no vaya a contar nada de esto, señorita, pero ella se reía y me las quitaba.

—Ya pus, Francisco —me decía—, no me cargosees que no vis que me pueden echar.

—Me excitaba y el resto lo terminaba sólo en el baño.

Para los cabros del módulo era sólo uno más y, para más remate, chico y malo para los combos; a veces, me llegaban manotazos que no podía responder. Tenían cuchillos, hojas de afeitar, manoplas que las escondían en el jardín. Aún lo hacen. Mire, fíjese en ese que está agachado escarbando al lado de la acequia. Echaba de menos mis Nikes, pensaba que si las hubiese tenido me habrían respetado más. Para buscar protección, había que hacerse amigo del Negro; parecía un tanque; le ofrecí ayudarlo con las matemáticas a cambio de que me defendiera, sobre todo del Cara e Laucha, ese sí que era peligroso; una vez me agarró solo en las duchas y me sacó la cresta; pilucho me puso de frente contra la pared y me quiso violar; tuve suerte porque justo entró un guardia y lo mandaron a una pieza de castigo. Desde ahí en adelante siempre quise tener al Negro a la vista. En el dormitorio mantenía un ojo alerta, había veinte potenciales atacantes. A pesar de todo, uno se acostumbra, señorita. Al cabo de un año, de los dos a los que estaba condenado, tuve permiso para salir el fin de semana, pero raramente lo usaba, prefería seguir practicando las matemáticas y ayudar en la cocina a revolver la olla; además, siempre corría el riesgo de que uno de los Jaguares me estuviese esperando para cobrarme la cuenta. Sí, a la señora Alicia me habría gustado besarla, apretarla, pero nunca me atreví; ella me abrazó una sola vez. En el segundo año aquí, participé en representación del Centro en un Inter escolar de Matemáticas; hasta esa fecha sólo habíamos competido en boxeo y el que llevó los colores de nuestro equipo siempre fue el Negro, quien nunca llegó a las finales. Pero en el de Matemáticas, señorita, gané yo, saqué el primer puesto. El director me premió con un discurso frente a todo el Centro y

Autor: Maximino

mis compañeros me pasearon en andas por el jardín, coreando “Francisco campeón, Francisco campeón, Francisco campeón”. No podía parar de llorar. Más tarde, el asado y el reparto de poleras con mi nombre estampado. Todos fueron campeones, todos nos vimos mismos potentes y reconocidos. Al fin, alguien nos valoraba. Habíamos ganado y hasta los más rabiosos, como el Cara e Laucha, celebraron y rieron. Una semana después, con la profe Alicia, entre lágrimas y un largo abrazo, nos despedimos en aquella puerta, la ve, esa que da a la calle. El resto, mis ahora zapatos de cuero, el trabajo en computación y cómo llegué a él, usted ya lo conoce.

FIN